

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO*

“Estén en vela como hijos de la luz y del día”

Luis Fernando Crespo

No dejen de leer las lecturas bíblicas antes del comentario

Lecturas: Proverbios 31,10-13.19-20.30-31; 1Tesalonicenses 5,1-6; Mateo 25,14-30

Este domingo nos toca leer la última de las parábolas del Reino de Dios en el evangelio de Mateo, la conocida como “parábola de los talentos”. Estoy seguro de que todos la hemos leído y oído comentar muchas veces, nada nuevo esperamos escuchar sobre ella. Lo que no es una razón suficiente para no prestarle nueva atención. En la lectura de las parábolas lo importante es llegar a descubrir dónde está el aspecto revelador y provocador que el narrador ha querido suscitar en sus oyentes. Por supuesto que son válidas y útiles las aplicaciones que frecuentemente hacemos a propósito de esta parábola: sobre cómo aprovechamos las cualidades personales –los “talentos”– que Dios nos ha dado, si las desarrollamos al buen servicio de los demás o las dejamos improductivas, y cómo responderemos de ellas ante el juicio definitivo de Dios en la hora de la muerte.

El argumento de la parábola parece extraño a la manera habitual de Jesús cuando habla del dinero, del afán de ganar y enriquecerse, propio de una mentalidad capitalista. La parábola se vale de lo que la gente piensa y valora, no para recomendarlo como una ética económica, sino para alentar una actitud valorativa, con alcances transformadores del don (“talento”) recibido del Reino de los Cielos. La “parábola” reclama una lectura que no se queda en el nivel inmediato de lo relatado en el texto, exige una interpretación adecuada a otro nivel de significación insinuado o explicitado por el autor o por el relator de la parábola.

La parábola explícitamente está referida, como la anterior, la de las diez jóvenes, al Reino de los Cielos (25,1), es decir al Reino de Dios. Los “talentos” –sean diez, cinco, o uno– representan el don valioso del Reino que Dios nos encomienda, así como en otras parábolas la “semilla”, o la “levadura”, o el “tesoro”, o la “perla de gran valor” (Mt. 13,4,31.33.44.45). En todas las comparaciones el don reclama una reacción de acogida: en la tierra, en la masa de harina, en las personas. En la del “tesoro escondido” se explicita además la “alegría” que provocó el descubrimiento del tesoro y la decisión de “venderlo todo” para poseerlo. En la época, el “talento” representaba una medida de

* Ciclo A

muchísimo valor. Así estima Jesús el don del Reino, lo más valioso que Dios nos ofrece y encomienda para una acogida en libertad.

La parábola cuenta la reacción diversa de tres servidores a los que su señor, al irse de viaje, confía sus "talentos". Dos de ellos tomaron bien en serio aquel encargo, lo hicieron producir el doble, y recibieron, en consecuencia, el elogio y la confianza de su señor. Pero curiosamente la parábola se explaya en contarnos la reacción y motivaciones del tercero que, lleno de miedo y pensando solamente en protegerse a sí mismo, confiesa: "escondí en tierra tu talento y aquí tienes lo que es tuyo".

La parábola parece querer llamar la atención sobre el siervo aquel que de sólo pensar en sí mismo, en su comodidad, no descubrió o no valoró la potencialidad del don recibido, fue temeroso, no quiso complicaciones, fue indiferente y perezoso, se dedicó exclusivamente a lo suyo y, por lo tanto, no acogió el don valioso del Reino, no cambió nada en su vida, no la transformó, no produjo ningún fruto, no significó nada bueno para la vida de otros. No comprendió que el Reino de Dios es una "buena noticia para los pobres", que el "talento" encomendado está llamado a generar expresiones de una vida mejor, de fraternidad, de justicia, de bondad, y que los más vulnerables e insignificantes de la humanidad lo necesitan imperiosamente. Pero por su indiferencia quedó infecundo e ineficaz, un fracaso en él del proyecto de Dios para la humanidad. Uno puede, entonces, entender la decepción indignada del señor de la parábola a su regreso, del Dios del Reino ante la falta de acogida y respuesta de las personas, las comunidades y los pueblos.

La lectura de la parábola, que no apunta tanto a ilustrar una doctrina sino a hacer pensar e interpelar el sentido que damos a nuestra vida, no puede concluir sin una confrontación personal y comunitaria. La cuestión no incide sólo sobre cómo aprovecho y desarrollo mis cualidades personales, sino sobre cómo acojo, asumo y me dejo transformar por el llamado de Dios, que me invita a ser mensajero y protagonista del Reino de Dios. Siendo ésta la última parábola en el evangelio de Mateo, su interpelación se enriquece con las imágenes dejadas por las anteriores. Puedo preguntarme con qué profundidad personal he acogido la semilla del Reino y la he hecho fructificar -cien, sesenta, treinta-, si transformando mi ensimismamiento en solidaridad me inserté como buena levadura en medio de la masa del pueblo pobre y marginado, si crecí y me fortalecí como árbol frondoso para sostener y dar cobijo a quienes en su debilidad necesitaban aliento, reconocimiento y fortaleza, en una palabra, si decididamente busqué como lo "primero el Reino de Dios y su justicia". La reacción, un tanto sorprendente, del señor de la parábola de dar el talento desaprovechado al que ya tenía diez, se comprende bien si recordamos que lo que está en juego es que "el Reino de Dios y su justicia" logre su realización en los pobres, los que pasan hambre, cuya vida es una desgracia (ver Lc.6,20-21). Esa es la prioridad de Dios.

La lectura del libro de los Proverbios expresa el elogio de una mujer ejemplar, no tanto por ser hacendosa en los menesteres de la casa, sino interpretándola a la luz de la parábola de Jesús, como ejemplo de quien hace fructificar sus capacidades, orientándolas al bienestar de los demás (trabajadores de la casa), explícitamente de los

pobres, lo que constituye el mejor signo de que el Reino de Dios es acogido y llega. Lo expresa bien el texto: “tiende sus manos al necesitado y ofrece su ayuda al pobre” (v.20). Por eso precisamente merece “que sus obras la alaben en la plaza”, no necesita que otros la elogien, son sus mismas obras las que hablan por ella. Con frecuencia la parábola se ha interpretado y utilizado para elogiar lo que se presenta como lo peculiar “femenino”: la casa, los hijos, el esposo, de quien la mujer recibe nombre y dignidad. Curiosamente, el texto insinúa algo diferente: gracias a las cualidades propias de la mujer, “su marido es reconocido en la plaza cuando se sienta con los ancianos del lugar”. No se alaba la sumisión de la mujer al esposo, sino su protagonismo autónomo y valioso en el desarrollo de sus tareas, lo que repercute favorablemente en el prestigio y reconocimiento social del esposo, del necesitado y del pobre.

El texto de la Carta a los Tesalonicenses, casi ya al final de la misma, responde a una inquietud acuciante en la época: la llegada del Día del Señor. Aprendieron a vivir en esa espera el presente de cada día y de cada responsabilidad. “Estén en vela como hijos de la luz y del día… Velemos y seamos sobrios”. Es una recomendación para todo tiempo, y para los diversos aspectos de la vida, personal y pública, válida también para nuestro momento –tiempo de confusión y de crisis, de “postverdades” y de “falsas noticias”–, en el que decisiones, que afectan al conjunto de la población y al bien común, se manejan y se toman en la oscuridad, con las miras puestas en intereses particulares, tramposos e injustos. Actuar “como hijos de la luz y del día” alude a trasparencia, honestidad y sentido ético, dimensiones que es preciso reclamar y recuperar en la actividad económica, política y también eclesial. Y por supuesto practicarlas en nuestras vidas y relaciones personales. El “Día del Señor” no es un simple futuro, lejano y sin fecha. Se acerca y lo vivimos cada día, da sentido al presente y contagia esperanza a la tantas veces monótona y contradictoria existencia de cada día.

Hacer producir el talento del Reino de Dios implica vivir, cual la mujer hacendosa, de manera que la realización de nuestras tareas propias alcancen al bienestar y vida buena de los pobres y relegados socialmente, y hagan y cercana la presencia salvadora de Dios en nuestra humanidad. En estos días la presencia del Papa León entre nosotros recuerda y aviva la exigencia de acogida coherente y creativa del “talento” del Reino de Dios como buena y eficaz noticia liberadora para los pobres y necesitados.